

## XIX

Doña Sol Rubio, hija del eminente fundador del Instituto Rubio, me pide en carta abierta rectificación de algunos errores en que incurrí, por equivocados informes, al relatar los hechos que dieron ocasión á disidencias en dicho Instituto.

No fué descortesía mi retraso en acusar recibo de tan atenta carta, sino el deseo de rectificar en esta misma sección.

Lo de menos eran los hechos en mis apreciaciones. Pero, en fin, conste que los cumplidores de la voluntad del doctor Rubio no podían admitir la asistencia de hermanas de la Caridad, por oponerse á ello la voluntad del fundador. Fueron, pues, las damas del Patronato las que propusieron la asistencia mixta de hermanas y de enfermeras.

Lo importante era consignar que bien

estaban unas y otras, como todas cumplirían con su deber.

Al decir laicas á las enfermeras, sólo quiere significar el no hallarse sujetas á la regla de una Hermandad religiosa, sin poner en duda su catolicismo. Por más que yo nunca haya creído que la caridad y, sobre todo, el cumplimiento del deber sean patrimonio de una religión determinada. Sin desconocer tampoco que en nuestra santa religión católica resplandecen como en ninguna otra las más altas virtudes.

¿Estamos todos contentos?

\* \* \*

La noche del miércoles pasado fué de fiesta mayor en casa de Joaquín Sorolla. Se obsequiaba á Mr. Huntington, hispanófilo americano, meritísimo de cuantos honores pueda España ofrecerle

La casa de Sorolla es un palacio del Arte, tan á la española trazado, que allí la suntuosidad no es soberbia ostentación, sino hidalga limpieza. Antes que el palacio os admire os acaricia el hogar, y antes que las

maravillas del Arte absorben vuestros ojos el amor y la paz familiares ungieron de buenos pensamientos vuestra frente. Por inquieto y perturbado que esté nuestro espíritu, cuando nos hallamos entre gentes buenas y dichosas nos sentimos también dichosos y buenos, como si las alas de nuestros ángeles custodios, los que nos guardaban de niños, volvieran á traernos nuestra inocencia.

Con vuelo impetuoso más suele el Arte destruir que labrar nidos. Sus glorias rara vez van unidas á la gloria de amar y ser amado. Por eso al juntarse en la casa de Joaquín Sorolla, este hogar del Arte, este palacio del Amor, parece como un templo ideal á una diosa más ideal todavía: la felicidad.

La casa de Joaquín Sorolla es tan española como el alma de cuantos la habitan; modelo de la verdadera familia española. ¡La familia española, la más pura gloria de nuestra raza!

La casa de Joaquín Sorolla debiera ser provechosa lección de edificaciones españolas enfrente de tantos esperpentos á la

francesa, á la inglesa y á la suiza con que la cursilería europeizante deshonra nuestras tradiciones arquitectónicas.

Sorolla debe ahora recorrer toda España. Estudia tipos y paisajes para el grandioso friso decorativo del Museo Español de Mr. Huntington en los Estados Unidos.

¿Podíamos soñar mejor desquite de pasadas humillaciones? Detrás de una puerta cerrada, en un gran salón, se nos dice que están los estudios del natural apuntados por Sorolla para su gran obra. La entrada está prohibida. Mister Huntington no quiere que nadie goce las primicias de su encargo. ¡El simpático hispanófilo no lo es del todo!

Nada podemos ver, pero es mucho lo que adivinamos. Adivinamos, con los ojos que tantas admirables obras del gran pintor español admiraron, la más asombrosa evocación de España, la verdadera España: luz, color, brío. Se abren ante nosotros páginas del Romancero y del *Quijote*, de las novelas picarescas y de las hazañas de Italia y de Nueva España...

Y también tristezas, y también sombras.

que el pincel de Sorolla, al no mentir, no lisonjea. Pero de esas sombras y esas tristezas no se alza el pesimismo espectral, agüero de muerte; es más bien la sensación caótica de algo muy fuerte y vigoroso que no puede morir porque no ha nacido todavía.

He aquí la obra de un gran pintor, todo realismo, que, para poner espíritu en su obra, le basta con poner verdad. Y todo es Arte.

Y es que en Arte hay dos grandes estilos: uno, en que el alma del artista envuelve el alma de las cosas; otro, en que el alma de las cosas envuelve el alma del artista.



Con la firma de «Un concursante de buena fe» recibo una carta muy atendible, de la que copio lo más interesante :

«¿Querría usted llamar la atención del Ayuntamiento respecto á lo que está ocurriendo con el tercer concurso de comedias?

Es el caso que, iniciativa tan plausible, no ha dado hasta ahora otro resultado práctico que molestar inútilmente á los Jurados y hacer perder tiempo é ilusiones á los concursantes de buena fe.

Tres concursos van convocados; permítame que en pocas palabras le recuerde el historial de cada uno.

El primero se convocó el 29 de Noviembre de 1909. Al expirar el plazo de admisión se habían presentado 153 obras. El Jurado, que formaban los señores Sellés, Rodríguez Marín, Répide, Gómez de Baquero, Linares Rivas y Jurado de la Parra,

falló el 25 de Junio. (Es decir, invirtió menos de cuatro meses en examinar los 153 originales), premió la comedia *Los jácaros* y mencionó con elogio otras varias.

Bajo su firma declararon los señores del Jurado que el concurso era excelente. ¿Recuerda usted el expresivo artículo que Rápide publicó en *El Liberal*? Pues si hubiera sido pésimo, no hubiera fracasado de más completo modo. Ninguna de las obras elogiadas se ha representado, ni siquiera la premiada, en el Español ni en ningún otro teatro.

Segundo concurso. Se convocó el 5 de Diciembre de 1910; se clausuró el 5 del siguiente Marzo, con 86 originales. El Jurado, que formaban los señores Villegas, Linares Rivas, Zozaya, Bueno y Martínez Sierra, tardó en fallar cerca de nueve meses. Por fin, premió la comedia *El bobo* y declaró por buenas otras cinco.

¿Resultado práctico? Acaso por la demora del fallo, *El bobo* sólo pudo estrenarse, al terminar la temporada oficial, en deplorables condiciones. Así, mal ensayada, representada para salir del paso, la obra

sólo tuvo las tres representaciones á que obliga la ley. Las demás comedias elogiadas siguen inéditas.

Antes de fallar en el segundo concurso—vea otra anomalía—se convocó para el tercero. Al terminar el plazo de admisión—el 4 del pasado Febrero—sólo había presentadas 46 obras. Esta progresión descendente significa mucho también. Estamos á fines de Junio, esto es, han transcurrido cinco meses, y ni hay fallo, ni se sabe si hay Jurado, aunque en el Ayuntamiento son pródigos en dar noticias hasta de lo que pasea cada concejal.

¿Considera usted justo hacer una excitación al Ayuntamiento, encaminada á que se sepa lo que ha sido de esos originales y ¿evitar que, una vez más, se esterilice la iniciativa con un fallo en exceso tardío?»

Queda complacido el comunicante. Muy razonables me parecen sus quejas; pero ¡ay! ¡si el concursante de buena fe supiera lo que es ser Jurado, también de buena fe, en uno de estos concursos! Por haberlo sido en varios, no tengo ninguna fe en sus resultados.

Cierto que los autores desconocidos dirán: Y ¿cómo hemos de darnos á conocer? Hay que ser algo fatalistas: lo que ha de ser, está escrito, y cuando está bien escrito... es siempre. ¿Que puede existir algún talento ignorado? Es posible. ¡Dichoso él, que, al verse desconocido, llegará á dudar de su talento y podrá creerse tonto... y ser feliz!

\* \* \*

El cultísimo escritor Bernardo Cándamo abre información sobre la conveniencia de establecer la previa censura teatral.

Un exceso de celo del jefe superior de Policía ha dado ocasión á que se discuta de la moral y del arte.

De todo ello podrá discutirse, como de las ventajas y desventajas de la previa censura. Lo que está fuera de discusión es que un jefe de Policía, de no producirse alboroto ó grave escándalo en el teatro, no es quién para juzgar de moral ni de arte, cuando ni artistas, ni críticos, ni filósofos han logrado dictaminar de acuerdo en tan ardua materia.

La vulgar opinión entiende por inmoral en arte algo que muchas veces nada tiene que ver con la moral, en el más alto sentido de la palabra. Hay quien se escandaliza en el teatro por algo que bien puede calificarse de «mera porquería», como un ingenio peregrino calificaba en picarescos versos algo que otro, no menos peregrino, diputaba por pecado nefando.

En cambio, obras que pueden ser antisociales, demoledoras ó tal vez peligrosas por inoportunas, no pasan por inmorales ni dan ocasión á que se alarmen los jefes de Policía.

Estas otras, que tanto alarman á los pudibundos, me parecen la suprema inocencia, y el público que con ellas se regocija de una simplicidad infantil, Considérese que toda la gracia del espectáculo consiste en que nos digan ante centenares de personas lo que estamos aburridos de oír en reducidos grupos. La novedad no está en lo que oímos, sino en oírlo delante de mucha gente. Ya sabemos lo que ha de parecernos á nosotros; la picardía está en averiguar lo que les parecerá á los demás.

Obsérvese al espectador durante la representación de una de estas obras «inmorales». Más que á la escena, atiende al público. No dirá nunca: ¡Cómo me he reído!, sino: ¡Cómo se reían!

El efecto cómico de este género es el mismo que se logra en cátedra ó en el salón de sesiones con un chiste malo que en los claustros ó en el salón de conferencias no tendría maldita la gracia.

¿Previa censura? Voto en contra. En España estaría supeditada á todo género de pasioncillas, caprichos y arbitrariedades, sin contar con la influencia de los cambios políticos.

Y no sería la censura conservadora la más temible. Sabido es que los liberales son los que aquí se toman mayores confianzas con las libertades.

Hay una solución productiva. Este género alegre no es más nocivo que el juego. ¿Por qué no gravarle con un impuesto especial? Es el mejor partido que puede sacarse de todo lo malo. ¡Ay! ¡Menos de los malos Gobiernos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXI

Las únicas cartas anónimas insultantes que recibo proceden de furiosos aficionados á toros, cuando me permito atacar la sublime fiesta. Como el blanco de mis tiros, más que la fiesta misma, ha sido siempre su público, claro está que esas cartas llenas de improperios vienen á confirmar lo que pienso respecto á los furibundos aficionados á toros. Escriben como van á la Plaza. Son ellos, los mismos, los de las almohadillas al redondel y los insultos á los lidiadores que arriesgan su vida, y sólo por esto, ya merecen el mayor respeto.

En justa compensación recibo otras muchas cartas que bastarían á sostenerme en mi empeño, si yo lo tuviera en combatir contra las corridas de toros. Pero siempre he juzgado ineficaz toda predicación destructora. En la vida no se destruye nada. Las cosas desaparecen por sí solas cuando de-

ben desaparecer. Es decir, cuando se ha edificado lo que debe sustituirlas. No es la labor negativa de clamar contra las corridas de toros lo que puede ser provechosa, sino la paciente labor de promover en las gentes más nobles aficiones.

Entre las cartas agradables recibo una, firmada por un madrileño, solicitando mi atención sobre un niño, verdadero «fenómeno»; así dice, con razón, la carta.

Ese niño, fenómeno en España, se halla en el Asilo de la Paloma, quiere y cuida á los pajarillos y ha llegado á inspirarles á su vez tal cariño que, cuando sale por los patios y jardines, le siguen en bandadas, se posan confiados en sus manos y sobre sus hombros y, á su modo, le saludan y le agasajan.

Esto, que en otras partes del extranjero es cosa corriente; que en las vidas de santos, como San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, pasa por milagroso; que Murillo juzgó como suprema bondad infantil, al mostrarnos en su cuadro de *La Sagrada Familia*, conocida por la del pajarillo, al niño Jesús en actitud de defender á un pájaro del gozquezuelo que le espanta con sus la-

dridos, en un niño español es más que milagroso por lo inaudito.

Cuántas veces he visto con pena, porque pensaba en los niños y en los pájaros de España, en paseos y jardines de París á los niños rodeados de pájaros. Los pájaros eran como los nuestros. ¡Eran los niños los que no eran iguales! Aquí el niño es el enemigo, el hostigador; allí era el buen amiguito, el esperado con impaciencia. Y nada excede en poesía á la realidad cuando compone estos cuadros. Cuando el arte, al imaginarlos, no pudo inspirarse en ella, nos parece arte falso y sensiblero.

Nuestro arte, si quiere ser realista, por fuerza ha de ser duro y seco. ¿Dónde están las inspiraciones de dulzura en nuestra realidad?

Los que no sentimos la poesía de lo violento, ¿no hemos de agradecer á ese niño su inspiración piadosa?

¿No habrá quien le premie por ella? ¿No ha de merecer la atención que no le hubiera faltado de ser un precoz criminal?

El nombre de ese niño es Francisco Pan-corbo, como dije, asilado en la Paloma.



Los amantes de los niños, ¿no harán algo en favor de ese niño bueno? No estaría bien que se anticiparan los protectores de los pájaros á recompensarle.

\* \* \*

Quando la política apesta—y nunca apesta como al convertir en cuestión política la que debiera ser cuestión nacional,—el único desinfectante eficaz es volver los ojos á otras manifestaciones de la actividad: á las corrientes aguas, donde va la vida española por más ancho cauce.

¡Si atendiéramos sólo al salón de sesiones del Congreso! ¡Si todo fuera como la política en España! Por fortuna, fuera de ella, á despecho de ella, casi siempre se trabaja, se camina y se progresa. Siempre que nos sorprende alguna novedad agradable es algo que no se ha discutido en las Cortes ó que pasó por ellas en silencio, en un renglón de los presupuestos; esos presupuestos que nadie discute, cuya enunciación basta para despejar la Cámara de diputados y de curiosos.

La admirable instalación de telegrafía sin hilos, en Carabanchel Alto, es una de estas gratas novedades confortadoras.

¿Por qué nuestros modernos poetas, tan desmayados y luctuosos, por regla general, no cantan estas cosas? ¿Son menos interesantes que los parterres de Versalles? Hay para dar razón á los futuristas, con todas sus exageraciones.

Yo os aseguro que la instalación de telegrafía sin hilos de Carabanchel Alto bien merece una oda.

El invento pertenece á la Humanidad. Admira y deslumbra á nuestra inteligencia. Pero aquella instalación es nuestra, es de España; halaga y conforta el corazón. Y españoles, soldados de su ejército, son los sargentos inteligentes, modestos, que allí prestan servicio y han recibido ofertas tentadoras de empresas extranjeras de navegación y prefieren servir á su patria: á esta patria que no suele ser muy espléndida con los que trabajan por ella; porque los que trabajan no intervienen en los presupuestos, y los que intervienen... no trabajan.

## XXII

Tres muertos ilustres cuenta la crónica en estos días: Massenet, el general Booth, y, el más grave de todos, Muley Hafid.

El músico francés no ha tenido á su fallecimiento la Prensa que podía esperarse de su popularidad en vida. No es que la Prensa francesa y, por reflejo, la europea le haya escatimado las necrologías; pero los elogios han sido tímidos.

Desde que un aristocratismo intelectual y artístico ha sentado como criterio fundamental en sus juicios la razón inversa del mérito con el aplauso público, es preciso blasonar de independiente y despreocupado para atreverse á celebrar lo que todos celebran. Por donde sucede que, cuando una obra empieza á ser aplaudida, es cuando empezamos á dudar de que merezca serlo. ¡ Ah! ¡ Si las obras de Massenet no hubieran sido tan del gusto público! ¡ Si Masse-

net hubiera muerto obscuro y postergado como Bizet!

Yo no digo que Massenet fuera uno de esos genios musicales definitivos en una época; pero supo agradar y agrada por mucho tiempo á los que aun piensan ó sienten que la música no es una tabla de logaritmos. Al fin y al cabo, genios, lo que se dice genios musicales, ¿cuántos han sido? Por los dedos de una mano pueden contarse. Y algunos de ellos muy discutidos por los grandes inteligentes. Por ejemplo, Bach, de quien yo he oído decir perrerías a personas de muy buen gusto musical. Yo no entro ni salgo, ni juzgo de música más que por sentimiento. A mí la música de Bach me suena á capilla protestante, que es para mí el sonido más antipático que puede tener música en el mundo. A otro gran músico, César Franck, también se le cedo á ustedès por una friolera. Me parece un filósofo de esos que pretenden explicar por razonamientos cosas pertenecientes á la emoción íntima; conciliadores entre la Ciencia y la Fe, que no concilian nada.

Por todo esto, bien merecía Massenet elo-

gio más fervoroso de la crítica. ¿Es que sólo puede haber dioses mayores?

En Madrid sólo hemos oído tres óperas de Massenet: *El rey de Lahore*, *Manon* y *Werther*. La primera es de las más endeables. Obra estrenada en la Opera de París, confiado el éxito al aparato escénico, á la espléndida figura de la Reskée y á la hermosa voz del barítono Lasalle.

*Manon*, mutilada con supresiones importantes, no tuvo al estrenarse en Madrid favorable acogida. Hasta que no fué cantada por Anselmi, y después por Anselmi y la Storchio, no logró el aprecio del público.

El estreno de *Werther* también fué desgraciado. Batistini, primero, luego, Anselmi, consiguieron rehabilitarla.

Massenet lo intentó todo, con desigual desempeño, pero con laudable propósito siempre. Soñaba con hacer grande, y, como tantos otros, sólo consiguió triunfar cuando menos se preocupaba por el triunfo. ¡Vanidad del artista! En sus obras siempre prevalece un sentido inconsciente que está sobre los cinco sentidos puestos por el artista en su obra.

En las óperas de Massenet hay variedad de asuntos y de estilos. Historias de amor en *Manon* y en *Werther*; el cuento de hadas en *La Cenicienta*; el poema lírico en *Don Quijote*; en *Esclarmonda* la mística leyenda; en *Lohengrin* hembra, donde Massenet aspiró á Wágner y fué su aspiración dulce suspiro de enamorado más que de creyente.

La crítica hostil llamaba á Massenet el músico de las *cocottes*. Ya es algo ser el músico de alguien; porque ¿quién no tiene algo de todo á sus horas? Sólo los espíritus superiores son siempre ellos mismos, que es ser muy poca cosa. Los demás, á poco que soltemos las riendas, ya nos interesamos con las peripecias de un melodrama como la *Margot* de Musset—«¡vive le mélodrame ou Margot a pleuré!»,—ya relinchamos como sementales rijosos ante un tablado de tangos y garrotines, ya, como sencillas *cocottes*, nos emocionamos con las chulerías Luis XV de *Manon* y de su caballero, puestas en música absolutoria por un músico amable y francés.

El general Booth, el admirable fundador del Ejército de Salvación, sólo hubiera po-

dido salir adelante con su obra en Inglaterra. Sólo en Inglaterra podía salvarse el peligro más terrible de su empresa: el ridículo. ¿Qué hubiéramos hecho en España con un general Booth? ¿Qué hubieran hecho en Francia? Sólo en Inglaterra es posible predicar el Evangelio al son de una murga, entre una estrafalaria mascarada, y sólo allí es posible sobreponer la intención de la obra á los procedimientos hasta ser considerado por los Poderes públicos y colaborador suyo en ocasiones difíciles.

Todavía, al contemplar el retrato del difunto general, publicado en casi todos los periódicos ilustrados del mundo, una sonrisa de escepticismo se disimula apenas en labios latinos. ¿Era un santo? ¿Era un vividor? ¿Un grande hombre? ¿Un chiflado? ¡Ah! ¡Cuántas buenas obras como la del general Booth se habrán malogrado en el mundo por temor á que todos pregunten: ¿Quién es el hombre?

¡Y cuántas veces el hombre no puede dar mejor razón de sí que sus obras!

¿Nos da Dios, con ser Dios, otra razón de su existencia?

## XXIII

Para la próxima temporada teatral la dirección artística del teatro Español anuncia obras de casi todos los autores militantes y otras de autores noveles en el teatro, pero no tan desconocidos que sea aventurado esperar mucho y bueno de sus obras. Un nombre falta en la lista, un nombre que está sobre todos, el del propio director artístico: el de don Benito Pérez Galdós. Por delicadeza, estimada por todos en cuanto significa, pero inatendible en esta ocasión, don Benito se niega á estrenar obra suya y á que sean representadas las de su repertorio; y eso no debe ser.

Cuando, por causas de enojosa explicación, las obras y el nombre de don Benito Pérez Galdós no figuran en teatros de importancia, y, por dificultades de interpretación, no pueden ser representadas como ellas merecen en teatros de segundo orden,

el teatro Español es el único que puede ofrecerlas digno escenario. ¿Habrán un solo autor de los que tienen obras anunciadas que pueda mirar con recelo la representación de las obras de don Benito? Todo lo contrario; yo creo que todos se apresurarán á firmar una solicitud pidiéndole que vuelva de su acuerdo. Una campaña de Arte independiente, popular, como debe ser la que en el teatro Español se emprenda en esta temporada, con actores de juveniles aliciosos como Matilde Moreno y Francisco Fuentes, no sería completa si faltaran las obras del maestro glorioso de la novela y del teatro contemporáneo. Con palabras de *Un drama nuevo* yo, soldado de fila, me atrevo á dirigirme al maestro de todos para decirle: «Sed nuestro general: conducidnos á la victoria.»

\* \* \*

Ni en costumbres, ni en leyes, ni en política, en nada se muestra Francia tan republicana como en el arte de poner en ridículo á cuantos reyes y soberanos, en acti-

vo ó pasivo, transeúntes ó residentes, caen en ella. No son, por cierto, reyes y príncipes modernos héroes de tragedia; mas si alguno lo fuera, al llegar á Francia quedaría convertido en caricatura de opereta. Francia es la Dalila capaz de tomar la cabellera al más fuerte Sansón. Ved á Muley Hafid, el sultán esperanza de los creyentes, el que fué proclamado por ellos como restaurador del espíritu nacional y religioso, contra su hermano, el débil, el descreído, el europeo. Nada pudo contra los invasores de su Imperio; pero todavía, en el recogimiento de su palacio, podíamos suponerle, como á Prometeo encadenado, más alto y más noble en su vencimiento que el vencedor injusto. ¡Estaba escrito! Pero ahora, al permitir que se traduzca al francés—¡ al francés de Montmartre!—lo que el Destino escribió en árabe, ha perdido hasta el derecho á la compasión. Es un triste león de feria, amaestrado como un perro. Lastimosas fueron las femeniles lágrimas del último rey moro de Granada; pero aun han podido hallar piadosa acogida en la leyenda y en el poema. Para Muley Hafid sólo que-

da la musa «bulevardesca» del café-concierto y de las revistas del año.

Olvidado en el último rincón de su Imperio, pudo ser una figura trágica digna de ser representada en tiempos futuros por algún Monnet-Sully del porvenir, en París mismo, en la escena del teatro Francés. Así, no habrá clown que no le remede y ridiculice por circos y tablados. Al ofrecerle Francia las libertades de su República ha sido más cruel que si le hubiera encerrado en una jaula del Jardín de Plantas. Su libertad es el ridículo. Y ¿qué hace en París el sultán caído que no hiciera en su Imperio? Lo mismo: satisfacer todos sus deseos; pero lo que allí parecían voluntades de un Dios, aquí parecen caprichos de niño ó de loco.

\* \* \*

Nuestro aislamiento de la política internacional no era, ciertamente, el espléndido aislamiento de que blasonaba Inglaterra al saberse odiado de todos, pero, al fin, temida, en tiempos no muy lejanos.

Ahora, según noticias, nos disponemos á

entrar en alianzas; esas alianzas políticas en abstracto, que significan muy poco en concreto. ¡Francia, España, Inglaterra, Rusia! Está muy bien; no puede sonar mejor. Pero... ¿y los franceses, los españoles, los ingleses y los rusos?

Formidable alianza si fuera siquiera por conveniencia de todos, ya que de amor no hay para qué hablar en estos matrimonios internacionales. ¡Cómo se reirá Alemania! Si es que las abstracciones pueden reirse como pueden aliarse.

La alianza es preciosa; pero ¿qué apostamos á que, salvo entre Francia y Rusia, hay muy pronto que lamentar algún *coup de canif*, como dicen los franceses, en el contrato matrimonial? Pese á quien pese, Inglaterra y Alemania están llamadas á entenderse; y en cuanto á Francia y España... Al buen callar llaman Sancho; pero bueno sería que le llamáramos Don Quijote.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXIV

Como en todos los veranos, las «capeas» han originado conflictos por esos pueblos. La autoridad gubernativa las prohíbe, la autoridad de los alcaldes es insuficiente para imponer la prohibición. Los mozos se amotinan; la intervención de la Guardia civil ocasionaría mayor conflicto. ¿Qué han de hacer los alcaldes? Dejar que los mozos se salgan con la suya. ¡Es mucho salvajismo el de los pueblos!, se dice. No es más del que se ha cultivado en ellos. ¡Si para ellos no hay otra fiesta más que la «capea», y, suprimida, no les queda otra diversión! Pero, aunque otra cosa crean los que por comodidad ó desidia declaran al pueblo ineducable, ¡es tan fácil su educación!

Buen ejemplo es un humilde lugar de la provincia de Toledo: Aldeaencabo de Escalona. Por la fiesta del Santo Patrón era



inevitable la «capea». Verdad es que á la «capea» quedaba reducido todo el festejo. En este año se acordó organizar una función teatral, hubo unas cucañas, unas carreras en sacos, unos fuegos artificiales y nadie echó de menos la «capea» y nadie protestó contra su prohibición. Para ello ha bastado con muy poco: con la autoridad de un sacerdote ejemplar, con la influencia educadora de un maestro, con la buena voluntad de algunos vecinos, y la fiesta se ha celebrado á satisfacción de todos, modelo de orden y de cultura.

Con muy poco gasto y menor esfuerzo se conseguiría lo mismo en todos los lugares de España. El paisaje de España es como su espíritu: hosco, áspero. Pongamos dulzura en los paisajes y en las almas. No escuchemos la voz egoísta de esos enamorados de lo característico, de lo pintoresco. Son los que se asoman al campo y pasan de largo, sin dejar á su paso amor ni bondad. El amor al paisaje por el paisaje es como el amor á los animales: una forma del egoísmo, de la misantropía. Los paisajes y los animales no dan disgustos como las perso-

nas. Estos *dilettanti* de lo pintoresco se complacen en la rudeza de los campesinos. ¡Para lo que han de estar entre ellos! ¿Que se instruyen? ¡Qué lástima! ¿Que pierden carácter? ¡Qué profanación! Hasta el día de la pedrada ó del garrotazo ó de la coza, que todo llega...

No hay derecho á mantener, en nombre de lo pintoresco, la ignorancia, el atraso, que nunca son bondad, aunque puedan parecer sencillez. Dulcifiquemos, dulcifiquemos, sin temor á que la dulzura desvirtúe la virilidad. Los pueblos de vida amable serán siempre más ardorosos defensores de su independencia que los pueblos de vida ingrata, atormentada. Sólo entre los descontentos nacen los traidores. Es preciso una gran virtud para amar á una patria en que nada es amable.

El señor Canalejas, que tan gubernamentalmente ha tronado contra los inadaptados, debiera darse una vueltecita por algunos lugares de España; y lo que había de admirarle entonces sería... que hubiera tantos adaptados á lo inadaptable.

\* \* \*

Sarah Bernhardt celebra sus bodas de oro teatrales. ¡Cincuenta años de teatro! Y todavía su arte extraordinario, único en la historia de la escena, logra sobreponerse á los ultrajes del tiempo. Verdad es que nunca el espíritu se sirvió de medios tan inmateriales de expresión material como en la divina artista. El cuerpo de Sarah nunca tuvo edad; su voz no fué nunca de humano timbre. No era la voz que se oye; era la voz con que se sueña. Era como la luz musical del pensamiento. Y ¡la noble armonía de sus actitudes! No hubo sensación fugitiva que no se consagrara en ella, como en escultura, para la inmortalidad.

París, escéptico adorador de sus dioses, ya sonríe ante los cincuenta años escénicos de la actriz bisabuela; pero sonríe cariñoso y admirado. Sarah, con muy buen acuerdo, ha ido á celebrar sus cincuenta años de teatro á Inglaterra. Los ingleses saben admirarla sin escepticismo. La juventud espiritual de Sarah es para ellos tan respetable como la propia juventud de la vieja Inglaterra. Un milagro de voluntad, si al decir voluntad cabe decir milagro. Esa gloriosa

vida de arte supone una tensión constante de espíritu sin un desfallecimiento, sin una desconfianza en las propias fuerzas. Sarah sólo ha vivido para su arte; el arte ha correspondido, generoso, á tanta fidelidad.

\* \* \*

En las fiestas de Salamanca he podido apreciar los tristes efectos del *absentismo*. De las casas grandes, de linajuda nobleza, cuyas más saneadas rentas de Salamanca proceden, muy contadas han sido las que contribuyeron al lucimiento de las fiestas. Y digo yo, y decían muchos: «¿Qué mejor ocasión para un acto de presencia?» Son días en que los humildes, no sólo miran sin odio el lujo de los señores, sino que lo agradecen y lo admiran como un esplendor más de la fiesta. Son días de acortar distancias y de suavizar asperezas.

Las hermosas muchachas premiadas en el Concurso de belleza, las que vistieron los trajes clásicos de charra, tuvieron que pasear por la población en deslucidos coches de alquiler. ¿Para cuándo guardan los

grandes señores de la provincia sus trenes de gala?

En la escolta de charros montaraces, que dieron guardia de honor á los príncipes de Baviera, faltaron los de casas muy principales. ¡ Buen ejemplo para los de abajo!

¡ Luego se quejarán del desamor de los humildes! ¡ Pues qué!, ¿ hacen algo por merecer su amor ó su respeto?

Hay altas posiciones sociales que imponen muy altos deberes. No es de los más penosos el de dejar, por unos días de fiesta en la provincia, alguna playa ó balneario del extranjero, donde, sin pensar, se va en la ruleta del Casino lo mejor de las rentas solarietas.

Los grandes señores han olvidado el arte de agradar, que, claro está, no es más que el arte de saber aburrirse. Pero ese arte es un deber de la nobleza y del dinero. Y ¡ es un deber que está tan compensado! Siempre que procuramos agradar acabamos por ser agradables; y... cuando se es agradable, se está más divertido que nunca.

## XXV

Bien pudiera algún predicador haber repetido las exclamaciones famosas de Bosuet, en los funerales de una princesa de Francia: «¡ Madame se meurt!... ¡ Madame est morte!» Las que pusieron espanto en aquel auditorio de príncipes y grandes señores de la Corte, al considerar cómo, en el breve espacio de dos exclamaciones, aun no vista llegar, pasó la Muerte. La Muerte niveladora, y, por serlo, el más cierto resplandor de la ideal Justicia sobre la tierra; el más seguro anticipo suyo para otra eterna vida. La Muerte, de quien otro poeta francés dijo: «Et les gardes qui veillent aux barrières du Louvre, n'en defendent pas nos rois».

Y triste actualidad recobran también los versos de Cervantes á la súbita muerte de la reina Isabel de Valois:

Cuando dejaba la guerra  
 libre ya el hispano suelo,  
 en un repentino vuelo,  
 la mejor flor de la tierra  
 se fué trasplantada al cielo.  
 Y al cortarla de la rama  
 el mortífero accidente,  
 fué tan oculto á la gente,  
 como el que no ve la llama  
 hasta después que la siente.

Los poetas de ahora temen ser tildados de cortesanos, y, sólo cuando se trata de lisonjear las malas pasiones de los de abajo, no se juzgan aduladores. Así, los poetas no cantarán á la buena memoria de la infanta María Teresa. Ni es necesario: estas vidas sencillas, de bondad, de recogimiento, parece como si se profanaran con altisonancias ditirámicas. En el abultado libro de la Historia, sobre el trompeteo de las grandes hazañas bélicas y de las intrincadas empresas políticas, estas vidas han de ser como flor guardada entre las hojas del libro: una meditación, un silencio entre el barullo de tantas grandes y de tantas malas acciones, que son la Historia y son la vida...

Ni aun sientan bien ponderaciones corte-

sanas por el dolor que su muerte causara á los suyos. ¿Para qué decirnos que las tristezas de los grandes de la tierra son excepcionales como su grandeza? ¿No estará nuestra mayor simpatía en saber que son iguales á las nuestras? ¿El dolor de la madre? No digáis á las madres que es un dolor de reina; decidles que es el dolor de todas las madres, y ¿cómo no han de comprenderlo? Ved cómo la Religión cristiana, al divinizar el dolor de Cristo, humanizó el dolor de la Virgen madre; porque divinizado hubiera dejado de ser dolor, al gloriarse en la gloria del Hijo.

Ni es bien poner distancias ante el dolor que á todos iguala. Ofrezcan, con grandeza de alma, los grandes de la tierra sus dolores, como sacrificio aplacador de odios y envidias. Nunca como en la Cruz comprendió á Dios la Humanidad; porque en la Cruz está más cerca de nosotros.

\* \* \*

Cuando se estudia con serenidad algún problema económico, hay que decir como

aquel personaje de una comedia: «¿A quién se engaña aquí?» Esto es: «¿Quién se lleva aquí el dinero?» Porque oye usted á los patronos, y no es porque lo digan ellos, les ajusta usted las cuentas y no puede usted por menos de darles la razón. Ellos no se llevan el dinero. Oye usted al trabajador, al obrero, y la razón les sobra: no pueden vivir. Y oye usted á todo el mundo, y el dinero no parece por ninguna parte. El propietario de fincas, ya rústicas, ya urbanas, obtiene un menguado interés de su capital, y el arrendatario y el inquilino dicen que ya no pueden con la renta. El industrial se queja del comerciante, el comerciante del industrial, y el comprador de todos. Todo el mundo está mal servido y nadie está contento. Y, no obstante, á esto es á lo que llaman orden social y esto es lo que, según dicen, hay que sostener á toda costa.

¿No valdría la pena de hacer algún ensayo para cambiarlo todo? Aunque fuera en seco; esto es, sin guillotina ni tiroteo por las calles; un ensayo en buena armonía, puesto que nadie está á gusto y todos se quejan. Y si viniera á resultar, como es de temer,

que el verdadero tenedor del dinero de todos es el Estado, con impuestos desproporcionados, insoportables para el país, que el Estado se encargue de todo y con dos suculentos ranchos al día nos alimente á todos. Y no nos asustemos del socialismo, cuando la actual organización social no es otra cosa: un socialismo con mala administración.

\* \* \*

Caricatura veraniega (sin dibujo y fuera de Concurso).

En el Casino:

—¿Qué le pasa á Juanito? ¡Tiene una cara!

—Que le han dejado sin una peseta.

—¿Sí? ¿Cuánto ha perdido?

—Pues eso: una peseta.



## XXVI

Cuando un madrileño, en cualquier esfera social, ha llegado á ocupar un puesto, alto ó bajo, ya puede asegurarse que se lo ha ganado por su propio esfuerzo. Al madrileño no le gusta deber nada á nadie. Por eso, aun de la clase más humilde, prefiere los oficios independientes, en los que menos haya que obedecer y ser mandado. Así es muy raro hallar un madrileño dedicado al servicio doméstico, y si, por razón de sus ocupaciones, depende de algún patrón, maestro ó jefe, todo se conseguirá del madrileño por la razón persuasiva ó por el ruego amable; nada por el mandato indiscutible, ni por el rigor áspero.

El madrileño no tiene cacique á quien pedir recomendaciones; no trata, ni siquiera conoce, á sus diputados; no tiene colonia que le proteja ó le obsequie.

Por todas estas consideraciones, yo, que

he perdido en absoluto mi afición á los toros, siento muy viva simpatía por el torero madrileño Vicente Pastor y celebro su triunfo en la última corrida. Lo celebro con doble satisfacción, porque, aunque me esté mal el decirlo, entiendo de toros una barbaridad y no soy de los admiradores del día siguiente. Cuando Vicente Pastor, en sus años de desgracia, que fueron más de los debidos, y apuntados van á su condición de madrileño, andaba aperreado por esas Plazas, y en la madrileña sobre todo; favorecido por los empresarios con todo el ganado de peor lidia, toros cornalones, resabiados, mansos perdidos, nunca dejé de ver y de apreciar en él lo que más tarde apreciaron muchos como un descubrimiento: que Vicente Pastor es de los pocos toreros que saben para lo que sirve la mula; de los pocos que paran y castigan.

Y ¡vaya si ha bregado Vicente Pastor hasta colocarse en el lugar que le corresponde! Nadie dirá que lo ha robado.

Los toreros madrileños luchan siempre con grandes desventajas. Por la mayor baturra y facilidad de conducción, en las no-

villadas les sueltan, por lo regular, ganado de la tierra que, si escogido para corridas de toros, es siempre más duro y más dificultoso que el ganado andaluz, qué será en novilladas, donde todo boyancón es de recibo. Hechos á torear mansos, al tomar la alternativa y encontrarse con toros ligeros y bravos, los toreros madrileños andan de primeras torpes y desmañados. Al contrario de lo que suele sucederles á los fenómenos novilleriles de Andalucía, que, acostumbrados á torear allí toritos fáciles y ligeros, al primer toro de la tierra que ven asomar por los toriles andan de cabeza y se acabó el fenómeno.

Con Vicente Pastor hicieron horrores las empresas. Recuerdo una corrida de novillos, con lucha entre un león y un toro como amenidad de mayor atractivo, y en ella Vicente Pastor hubo de torear con el estorbo de una gran jaula en medio del redondel; y por si esto no bastara, como después de la lucha no hubo medio de sacar al toro de la jaula, el presidente ordenó la salida del toro de lidia, el cual, naturalmente, tomó la querencia de su com-

pañero y semejante, y así hubiera tenido que torearle y que matarle Vicente Pastor si la protesta unánime del público no hubiera obligado al presidente á disponer la retirada del toro enjaulado.

Luego se espantan los empresarios si los toreros, cuando llega la suya, tienen exigencias.

Vicente Pastor no ha llegado por intrigas; no, ciertamente. Bien puede estar orgulloso de ello; ha llegado, como buen madrileño, sin deber nada á nadie. Y hoy habrá toreros más vistosos, más bonitos, más alegres; pero lo único verdad, lo único serio, el único toreo de buena ley que se ve en las Plazas es el de Vicente Pastor, el madrileño.

\* \* \*

El Hotel Palace se levanta soberbio como un gran transatlántico. Aquel trozo de Madrid, de tan señorial aspecto cuando los tres linajudos palacios, de Medinaceli, del Infantado y de Vistahermosa, eran todo un caserío; tan desolado, cuando el inmenso solar del primero de dichos palacios llena-

ba de obscuridad y de tristeza aquella parte de Madrid; hoy, con el gran hotel á la moderna, ha cobrado un aire cosmopolita, de playa ó de balneario á la moda, con su Casino resplandeciente de luces, bullicioso de multitud pasajera, con su músicaailable y su ejército de servidores.

Con el hotel Ritz y el Palace ya cuenta Madrid con dos hoteles europeos. Quizás los precios sean más asiáticos que europeos y, por este lado, el problema de los alojamientos en Madrid no se haya resuelto con arreglo á la capacidad española. Es de esperar que los europeos y los americanos nos sostendrán estos lujos, que para nosotros solos serían excesivos.

Ya no hay pretexto para no venir á Madrid. Y, en verdad, ahora que tanto se habla del turismo y tendremos en Madrid un Congreso para discutir cuanto al turismo se refiere, todo el problema es este: ¿No acuden los turistas á España por falta de buenos hoteles, ó no hay buenos hoteles en España por falta de turistas? Problema biológico: ¿Es la función la que crea el órgano ó el órgano la función?



De cualquier modo, hay mucho que agradecer á los que así arriesgan su dinero en el órgano, anticipándose á la función.

El viajero de raza no retrocede ante las incomodidades; pero el viajero de raza es poco productivo; suele viajar á pie y sin dinero. Al viajero *snob*, que es el más provechoso, hay que atraerle con mucho mimo y cultivarle con todo regalo. Una catedral gótica, las ruinas de un castillo son admirables después de una buena comida en un buen hotel. Tan admirables, que algún viajero que sólo venía por admirar la catedral ó las ruinas, deja de visitarlas por el gusto de volver á un hotel donde tan bien se come. Porque si es verdad que un cuadro de Velázquez compensa de una mala fonda, también es verdad que una buena fonda compensa de no ver el cuadro.



## XXVII

A los que se inquietan por mis obras futuras, á los que suponen mi entrada en la Academia como una abdicación de mi independencia, puedo asegurarles que no reniego de una sola de mis obras ni renegaré nunca; ellas son toda mi vida, y unas mejores, otras peores, todas responden á un estado espiritual. Ni de las culpas ni de los errores debe renegarse cuando no se ha perdido en ellos nuestra conciencia, antes nos han servido de provechosa enseñanza.

Nuestra vida no se gobierna por ideas, sino por sentimientos. Nadie se asimila las ideas que no apetece, como nadie se alimenta de lo que no le gusta, salvo en caso de necesidad extrema. Por fortuna, yo no me he visto precisado á comer de ideas que me repugnarán. Es aventurado jurar sobre nuestro estómago mucho más que ju-

rar sobre nuestra conciencia; pero me creo capaz de haberme dejado morir de hambre. Mas, si alguna vez me hubiera visto en esa extremidad, como el miserable boticario de *Romeo y Julieta*, hubiera dicho: «Mi necesidad es la que delinque; no mi conciencia.»

De que son las ideas las que se coloran de nuestros sentimientos, es buena prueba la idea religiosa. Ninguna parece más fija, más determinada; parece que á todos los creyentes había de unificar en una misma acción, encaminada al mismo fin; no obstante, unos prefieren la vida contemplativa; otros, se consagran á obras de caridad con fervor activísimo; otros, á la propaganda batalladora; todos creen seguir una idea, y lo que siguen es las naturales inclinaciones de su corazón. Lo mismo en Arte; si por ideas escribiéramos, diríamos siempre lo mismo y diríamos una misma tontería siempre. Que nuestro arte sea espontáneo, como juego de niños, expresión de vida y de fuerza y de natural esparcimiento; después, nuestro arte, como los juegos también, irá ordenándose con cierto ritmo,

y lo que fué primero actividad será luego belleza y al fin será bondad.

¿No habrá sido así la creación, como una obra de arte, como un juego de niños; expresión de una fuerza que, por ser fuerza, es bella y por ser bella es al fin buena? Actividad, Inteligencia, Bienaventuranza: el «Tamas», «Rajas» y «Gattva» de la Teosofía india, en que Dios dice al hombre: «Tú eres yo mismo, mi imagen y mi sombra; yo me he revestido de ti y tú eres mi vehículo, hasta el día; sea con nosotros! en que volverás á ser yo mismo y los demás tú mismo y yo.»

De donde se deduce que en la vida universal, como en la vida de cada uno de nosotros, todo es armonía y no hay para qué maldecir de las disonancias.

\* \* \*

Sería falsa modestia hacerme el desentendido. Amigos cariñosos pretenden obsequiarme y, con el mejor deseo, acaso no aciertan con el obsequio de mi gusto. ¿Queréis saber lo que más pudiera satisfacer-

me? Nada de banquetes, nada de exhibiciones; podéis suponer que por grande que fuera mi vanidad personal, estaría ya bien satisfecha.

Empieza el invierno; hay una obra meritosa que no consigue prosperar, en lucha con la indiferencia: la obra del Desayuno Escolar. Yo os agradecería con toda mi alma que ese fuera el obsequio: contribuir á ella en lo que habíais de contribuir á obsequiarme en otra forma. A todos nos quedaría mejor recuerdo; la buena obra del Desayuno Escolar, atendida, será el mejor obsequio para mí y un obsequio más duradero en el corazón de todos los que nos unamos en el amor á los niños.

Si me creéis capaz de una gran vanidad, permitidme que me envanezca de este modo; si me estimáis lo bastante para creer que llevo más alto el corazón que la inteligencia, ya que por amigos os estimo más que por admiradores, sea el obsequio de corazón á corazón. Así el día que me sienta vanidoso, podré decir: «¡Gracias á mi talento, he procurado el desayuno á muchos pobres niños!» Y el día que me sien-

ta modesto, por lo menos tendré el consuelo de pensar: «¡Yo no tendré mucho talento; pero los pobres niños de las escuelas tienen su buen desayuno en las mañanas del invierno!»

De suerte que ya lo sabéis: con este obsequio no me obsequiais para un día solo, que sería de vanidad; me obsequiais para muchos días: unos, de vanidad; otros, de modestia, que allá se van alternados, como los días tristes y los alegres; pero todos son buenos cuando sobre su variable temperanza ponemos algo que esté sobre nosotros mismos, sobre nuestras arrogancias ó nuestros desalientos.

